

Cuando Dante entrega á Francesca descabellada al austro implacable y gruñón, un eterno beso la consuela, y el infierno entonces se vuelve cielo.

XLV

Ambos—¿fué en Tibur? ¿fué en Ville-d'Avray?—vagábamos, y su voz me decía:

—El verdadero amor teme la aproximación vertiginosa de las bocas. Respeta mis miedos. El alma tiene dichas feroces. Quiere ver abrirse el edén, y rehusar. Basta un suspiro, y un beso es demasiado. El pudor es la sombra, y el amor aumenta con él; lo que pierde la querida, lo gana la amante; olvidemos esa carne á la que tú llamas belleza. El amor se convierte en cielo en cuanto se quita el cuerpo. Tú me amas, yo te adoro. Pues bien, seamos fieles, puros, y contentémonos con un temblor de alas. Mi corazón en pleno misterio y mi vida en plena luz, tal es el casto sueño que hago. ¡Oh, deja que mi amor se yerga en mi alma con una frente de estrella! El corazón necesita un sueño, el templo necesita un velo. Respétame. ¡Seamos perfumes, destellos! ¿Qué vemos en este fresco mes de mayo? La proximidad de las almas y de las rosas. Angeles, nos mezclamos en esas apoteosis. Una vergüenza sagrada es una divina antorcha. Te amo. Un corazón salvaje y tierno es tan hermoso como un cielo sombrío alumbrado por fulgores boreales.

Mientras decía esas cosas ideales, yo miraba en lo más tenebroso del bosque, bajo una encina que extendía su sombra como un dosel, no á una diosa

cualquiera, no á una Venus de mármol, sino á un hombre de madera tallado en un tronco de árbol, á una antigua figura de China que se reía de nosotros, sátiros de ojos de macho cabrío que me decía en voz baja con su ancha boca horrible y voraz, como si yo hubiera sido el dulce vagabundo Horacio:

—En otro tiempo yo era un tronco de higuera inútil para todo.—¡Pardiez!—exclamó al verme un escultor persa ó dórico, de aquellos cuyo genio tropieza en la taberna.—¿Haré un banco, haré un dios de este tronco? Quiso que fuera dios. Bien está. Y fui Priapo, y soñé bajo los árboles frondosos.

8 mayo.

XLVI

TAMBIÉN PUEDE HABER ULTRAJE EN LA CARICIA

¡Oh desdicha!, los rayos de luz son crímenes. —¡Basta!—dicen en las sombras los viles cardos á los sublimes lirios. ¡Oh Dios, que sabéis el origen y las consecuencias de todo! ¿Qué hicieron, pues, las cosas bellas, que así las castigáis?

¡Expiación incansable! Las olas son un populacho que arroja á los cabos la afrenta amarga; las rocas sienten escupir sobre ellas las mil bocas; en sus caras feroces tienen la acre saliva del mar.

La flor radiante está en la hierba; ser hermosa es una desgracia; el esplendor desagrada á alguien; la

tirana babosa sube á la rosa esclava, la besa, y la mancha y la lava son el castigo del perfume.

¿Por qué, tempestad, hieres sin descanso con tu vil relámpago al monte que se yergue en la niebla? ¿Con qué derecho en el Edén, imitando á las orugas, tocas á las jóvenes, labio disforme del anciano?

El gran verdugo se llama envidia, el largo insulto de la vida se cumple á cada instante; Dios, que nada ahorra, deja caer desde su nido de águila el trueno sobre las frentes poderosas y el beso sobre las frentes encantadoras.

26 julio 1854.

XLVII

EL BLASFEMO DEL AMOR

GABONUS, *solo*

Su perro está sentado á sus piés

La bella se llamaba señorita Amable, y ella era combustible; y yo inflamable. Un 13 la ví pasar por el Puente Nuevo. Las Gracias eran tres, las musas eran nueve; esto es lo que hace sagrado el número 12 y fatal el 13. Pues bien, un 13, una andaluza de Pantin,—tales son los encuentros que se tienen,—amable, de una mirada encantadora, me asesinó. Duelo, dúo. Bajo el paternal ojo de los ediles, son muchos los idilios de esta clase que nacen en el Puente Nuevo. Yo la

califiqué de ángel, durante un mes poco más ó menos. Para ser breve, diré que cierto día me pregunté si rompería con ella cuando, con un dulce sol de abril, entre dos lluvias, recibí este billete del ángel:

«Me fastidias. Buenas noches.»

Lo cual me puso furioso. Tanto más por cuanto era ella quien me fastidiaba á mí.

Gusté en seguida, locamente, no sé á qué diosa á quien rodeaba un extraño séquito; poetas, tronados, truchimanes, chambelanes del juego, negro demonio que frecuenta los garlitos, gentes que se enriquecían en la aventura épica del rey de oros burlado por la dama de espadas, que decían del amor, ¡uf!, y del honor, ¡puf!, pero que trampeaban.—Adoré algo á aquella bribona, que me plantó por un príncipe vá-laco. Hice, á renglón seguido, conocimiento con un jefe de *claque*, el cual me hizo entrar en el arte, y gracias á él fuí casi admitido en el rango de los comicastro y pude tener el honor de acercarme á las comicastras, en calidad de esclavo adorador de sus botinas. Una de ellas, Lisa, aceptó mi corazón bajo sus talones; en el tiempo que un papagayo tarda en subir tres escalones fuí vencedor, fuí feliz y fuí bestia; tres progresos. Mas ¡oh desdicha!, la mujer es la tempestad. Cierta día, llena de cólera, Lisa despidió á todos sus lacayos, entre los cuales estaba yo.

Como una novela desgarrada en mitad de la calle, yo había ya perdido más de uno de mis capítulos; había salido de los unos, había salido de los saltimbanquis; mis amantes no eran otra cosa que un vago recuerdo; de repente sentí que todo en mí se rejuvenecía, como si el sol cubriera de púrpura mi ventana,

y mis ilusiones más rosadas renacieron viendo á una joven que se confesaba. El travieso Cupido penetró en mi banal corazón al compás de trompetas y charangas. ¡Ah, cuándo se pondrán faros sobre la mujer! En la iglesia, donde de la enfermedad muere el contagiado, en la casa de los sacerdotes, en el rincón de la religión, entre dos santos de piedra, un apóstol y un profeta, distinguiendo en la sombra una muchacha perfecta, cometí la necedad enorme de amarla; me incendió sin encenderse no obstante; tuve la áspera embriaguez de las llamas despreciadas; ella me permitía vagar bajo sus ventanas, nada más. Perdí alegría, razón, humor; estuve imbécil de amor todo un año. ¡Verdad que cuando ella murmuraba su oración, como un enjambre de pájaros acudían los querubines y la llamaban hermana mía! Cuando se encerraba con su confesor, me la figuraba pendiente del calvario, juntas las manos, vírgenes sus ojos, severa su frente, casto su perfil, hecho por Greuze ó por Lancret. Un hermoso día, por un indiscreto agujero de la cerradura, en lugar del Gólgota, contemplé el Olimpo; yo, que no me hubiera atrevido á tocar con el dedo su pañuelo del cuello, la ví completamente desnuda en brazos de su sacerdote. ¡María era Venus! ¡Inés era Hebe! Esto me puso en fuga y me tuvo algún tiempo descolorido.

Sin embargo, siempre tenía en la mente este problema: encontrar un corazón que fuese el compañero del mío. Hiceme viajero, buscador, bohemio, nómada, y exploré los mares, las olas, las islas.

Cierto día desembarqué en un país sin poblaciones, casi sin hombres; un lugar encantador; y hallándome pensativo, tuve la sorpresa de ver acercarse, en el estado natural, á una mujer desconocida. Exclamé,

viendo que estaba completamente desnuda:—¡Ah, ésta al menos confiesa! Y muy halagado:—¿De qué pozo salís?—le dije—¡oh Verdad! Ella se acercó á mí, luego huyó, volvió á acercarse, y Vegecio no hubiera maniobrado mejor que aquella salvaje; tan bien, que en la manera como me abordó, ví que Otaiti parecíase á Breda. La civilicé. Pero, ¡cielo azul!, ¡cuántas cosas hube de darle!, ¡enaguas blancas, sombreros color de rosa, trajes, capas, terciopelos, alhajas de precio! La salvaje, al contrario de las mujeres de París, comienza desnuda y acaba vestida. El hombre hace la muñeca y Dios hace la estatua; en estas pocas palabras enciérrese la mujer. La carne sirve de pretexto para nuestras ropas. La isla era un edén tibio y siempre de fiesta; yo era Adán, mi Eva era hermosa y bien formada... Pues bien, aquella obra maestra tenía un mono por amante. Yo era de vez en cuando mirado con fijeza, al través de las ramas llenas de flores, por un gorila. Siete piés de estatura, dientes de tigre, ojo brillante... ¡Zape! Me evadí del paraíso.

Luego, buscando los amores como una yedra los sostenes, hice todas las pruebas posibles; borré en mí una aventura por otra aventura; amé, creyendo que amar no ha perjudicado nunca, á una por placer, á otra por fastidio, á la una por su canción, á la otra por su riqueza, á la otra porque, aunque anciana, era duquesa, á otra por sus amantes, á otra por su marido; adoré á Berta, á Ana, á Mosquetón, á Colibrí, á Juanita y á Olimpia. Así, pues, he conocido á las mujeres, he conocido sus corazones, he conocido sus almas, lo alto, lo bajo, lo verdadero, lo falso, el mal, el bien; y he aquí mi conclusión:—¡Ven, perro mío!

XLVIII

Cuando, amándose, dos corazones han envejecido poco á poco, ¡oh qué dicha profunda, íntima, recogida!; el amor, himeneo de las alturas, puro lazo de las almas, guarda sus rayos aun perdiendo su fuego. Aquellos dos corazones, de los cuales se apoderara en otro tiempo, no son más que uno; de los recuerdos de su común pasado, hace el amor imposible que puedan vivir uno sin otro (¿no es verdad, Julieta?, ¡esta vida es la nuestra!), tiene la paz de la noche con la claridad del día, y se torna la amistad sin cesar de ser el amor.

22 septiembre 1864.

VII

LA FANTASÍA